

6. LA CAPA DEL REY CUERVO

El viento agitaba las copas de los alisos, y sus redondas hojas dibujaban figuras cambiantes de luz y sombra en la hierba sobre la que descansábamos. Habíamos comido las tortas de cebada con hidromiel que los elfos nos ofrecieron, y nos encontrábamos en esa primera hora de la tarde en que hasta los mirlos y las abubillas dejan de saltar entre los arbustos, y sólo las abejas parecen seguir trabajando.

Las heridas de Rodegar mejoraban rápidamente, y cuando uno de los elfos lo invitó a dar un paseo por el bosquecillo en que nos encontrábamos aceptó rápidamente. Por su parte Caeneras se hallaba sentado bajo un gran olmo intentando hablar en *yag* con el que parecía el jefe de la compañía élfica que nos había rescatado. Al parecer, por lo que habíamos podido entender de sus gestos y alguna palabra que conocían en nuestra lengua, ya sabían de nuestra presencia por Leonel, que había estado con ellos hasta hacía pocos días, y que había marchado de vuelta a Ymber con alguien llamado Arnah.

La sorpresa de ver elfos por primera vez en mi vida pasó pronto, pero sin embargo seguía fascinado por sus movimientos y su *resplandor*, y no dejaba de mirarlos cuando andaban por el bosque o trepaban a un árbol, igual que no puedes dejar de mirar a esas panteras que capturan en las selvas oóntidas, en el lejano sur. Todos eran rubios, aunque en una amplia gama de tonos, altos y delgados, y con las características orejas puntiagudas. Sus ropas eran suaves, de colores pardos y mates, y no hacían ruido al moverse. Tampoco sus botas de piel dejaban apenas huella en el suelo forestal. Portaban dagas y arcos, labrados y tallados con motivos naturales, principalmente diseños de hojas y ramaje. Y algo que yo nunca había visto: en el carcaj llevaban diferentes clases de flechas. Pude distinguir unas más delgadas y de color claro, y otras color avellano con punta reforzada, entre otros tipos.

Sin duda Leonel había ejercido bien su labor diplomática, pues nos trataron con respeto y atención, aunque me pareció a mí que también con algo de condescendencia, como quien cuida al hijo pequeño de un vecino. En cualquier caso estábamos vivos y casi repuestos de nuestra desventura, y habíamos recuperado

nuestras armas, por lo que pronto podríamos proseguir nuestra misión hacia el sur. Dejé por tanto los detalles prácticos de establecer nuestra ruta a mis dos compañeros y aproveché para seguir volcando en mi diario las peripecias que nos trajeron hasta estas costas.

Décimo sexto día del mes de Dloose de 6562

Era la primera vez en mi vida que visitaba una ciudad extranjera. Quiero decir, extranjera de verdad. Yo había hecho viajes por los territorios lénicos, que políticamente pertenecían al reino vecino, pero comparten nuestra historia y costumbres, por lo que en realidad no te sientes más extraño allí que cuando visitas una ciudad eynea lejana. Yo nunca había viajado a las mansiones subterráneas de los enanos kessareos, y las conocía sólo por los relatos de mis amigos Aldor y Duncan. Liber era por tanto un nuevo mundo para mí.

En primer lugar era una ciudad construida por otra raza. Ingenuamente yo imaginaba que una ciudad de medianos sería como su equivalente humano pero con todo más pequeño, y me preguntaba cómo podríamos conseguir un alojamiento a nuestra medida. Los marineros rieron al escuchar mis dudas. En Liber todas las casas eran de distinto tamaño, y de distinta forma, y de distinto color. Incluso parecían hechas de multitud de materiales diferentes. Unas eran grandes mansiones que se encaramaban en las pequeñas colinas cercanas a la costa, sin duda propiedad de mercaderes adinerados; otras eran estrechas e inclinadas y se asomaban peligrosamente al mar, que golpeaba sus erosionados cimientos; otras por fin eran un mero conglomerado de chabolas, tapias y techos superpuestos, construido por fases sucesivas a medida que la necesidad había reclamado más espacio.

La diversidad de construcciones, sin embargo, era poca cosa comparada con la diversidad de habitantes. En cuanto descendimos a tierra y di los primeros pasos por el puerto y las calles alledañas pude asombrarme de la cantidad de razas y culturas que allí se mezclaban.

Reino de Aldor

Había medianos, por supuesto, ricos comerciantes o piratas, y pobres marineros y mendigos, provenientes de todos los rincones de la Confederación Contia. Pero también había humanos; algunos eran eyneos y lénicos sin duda, otros de piel tostada o aceitunada debían proceder de los desiertos de Halayad, y otros de tez negra, oriundos de las selvas de Búkar o de la misteriosa jungla de Oóntur. Y otros había también que no supe identificar: unos altos y rubios, con miradas feroces, otros anchos y musculosos, con ojos rasgados y largos bigotes. También vimos bastantes enanos, herreros y mercaderes de gemas y metal, que mostraban relucientes armaduras y joyas engastadas, e incluso algunos gnomos, extrañas criaturas que nunca antes vi, de ojos brillantes y andar pausado.

La ciudad en general poseía una atmósfera de caótico desorden que confundía y apabullaba al visitante, muy diferente de la ordenada arquitectura de las metrópolis eyneas, con sus jardines simétricos y sus rectas calzadas. Ante el amasijo de sinuosas callejuelas llenas de griterío en diferentes lenguas no pude evitar preguntarme cómo era posible que una ciudad así subsistiera sin caer en la anarquía y la autodestrucción total. Sin duda requería una autoridad férrea y, según explicaron algunos marineros que conocían estas tierras, la delincuencia no oficial era brutalmente reprimida en la ciudad.

El tirano que ahora gobernaba Liber era Dram Sonrisas Tosento, un viejo bucanero, enriquecido tras lograr el control del Estrecho Lénico y sus jugosos peajes, que los mercantes pagaban a cambio de protección por atravesar esta importante ruta comercial que unía dos continentes. Pero en Contia los gobernantes no duraban muchos años, y eran sustituidos cada cierto tiempo por medios más o menos sangrientos.

El tiempo había sido malo desde que partimos de la isla de Halsak, y las tormentas nos habían zarandeado durante todo el trayecto en que costeamos el litoral lénico y luego durante el cruce del estrecho. La parte positiva del asunto es que el temporal nos había evitado posibles encuentros con los filibusteros. Los piratas de la costa de Liber se encuentran

entre los más temibles de todo Mundo, y a veces eran contratados como corsarios por reinos vecinos, que les daban cartas de marca, para que abordaran y saquearan naves enemigas.

Antes de cruzar el estrecho habíamos hecho escala en Varenia, una pequeña población lénica. Allí nos sorprendimos al comprobar que ya sabían de nuestra expedición, pues al parecer la noticia había recorrido los reinos como la pólvora, y varios artesanos locales deseaban unirse a nosotros. Los aceptamos sin dudar a bordo de nuestras naves, pues su proverbial habilidad, tanto en la confección de telas y pieles como en los trabajos con madera o metal, nos vendrían muy bien en el nuevo mundo. Ahora en Liber necesitábamos reponer víveres, y conseguir coclearia y otras hierbas medicinales, pues en varios de los barcos se estaban dando casos de fiebres y escorbuto, además de adquirir cartas de marear que nos permitieran una navegación segura por las escabrosas costas locales hasta Lesta y de ahí a Arkus, nuestro destino. Pero antes debíamos presentar nuestros respetos al propio Dram Tosento. Su heraldo, un contio gordo y pomposo llamado Fríbo, ya había acudido al muelle a recibirnos y nos había informado de que Su Excelencia el Decàritbes¹⁴ de Liber requería nuestra presencia en su residencia. No todos los días se veía una escuadra de ciento sesenta naves en el horizonte.

Los capitanes de Aldor acompañamos al príncipe a la audiencia con el tirano, junto con algunos soldados armados de su guardia personal, más por cualquier incidente que pudiera ocurrir en la ciudad que por la propia audiencia. Estábamos en paz con la Confederación Contia, y ninguna de sus ciudades se arriesgaría a atacar al hijo del rey de Eýnea, pero con los contios nunca se sabe.

La mansión de Dram se alzaba sobre la colina principal de Liber, y contaba con excelentes vistas tanto a la ciudad como a las aguas de la bahía, supongo que debido a que el peligro podía provenir de ambos sitios. Se decía en la ciudad que el Decàritbes se tomaba muy en

14 Almirante, en contio.

Reino de Aldor

serio el hecho de que su residencia fuera la más elevada y que, al no disponer del oro suficiente para alzar aún más las torres y cúpulas de su palacio, había mandado derruir algunas mansiones cercanas que podían hacerle sombra a la suya. La casa era grande incluso bajo estándares humanos, y decorada con objetos importados de todos los reinos a ambos lados del mar, e incluso de tierras más lejanas, como las islas Saboo en los mares orientales. Mientras cruzábamos salas y pasillos el obsequioso Fribo iba señalando los más valiosos y contando su origen. Al llegar a la antesala de la cámara del tirano hizo pasar a Aldor y sus capitanes, mientras acompañaba a nuestros guardías a las cocinas para ofrecerles algo.

Dram era grande y gordo, y si no fuera por la ausencia de barba podría haber pasado por enano. Lucía en cambio unas gruesas patillas, plateadas ya por la edad, que le llegaban casi hasta la barbilla. Se hallaba sentado en la cabecera de una robusta mesa de madera oscura, con tres consejeros contios a cada lado. Las siguientes tres sillas de cada lado eran para los capitanes de Aldor, y éste ocuparía la cabecera opuesta al tirano. Las sillas de los contios eran bastante más altas que las nuestras, para situar sus cabezas a la misma altura que las de los humanos, y así reforzar la idea de igualdad entre nosotros. Y para que aún quedara más claro que el gobernante de una ciudad contia no se consideraba de menor rango que un príncipe eyneo, Dram había ya empezado a comer, y sus manos grasientas sujetaban los muslos fritos de algún tipo de ave. Aldor hizo caso omiso de esta falta y agradeciendo a Su Excelencia la hospitalidad tomó asiento. Tras ocupar los demás las sillas libres un chambelán presentó a los invitados (mi apellido lo pronunció *Lacrò*) y dando unas palmadas, hizo venir a los sirvientes que llenaron nuestros platos y copas.

La conversación giró sobre las bondades de Liber, y de como casi todo aquí era mejor que en las otras ciudades contias, por lo que presté más atención a las viandas que a las palabras. El vino era eyneo, y el anfitrión alabó la calidad de nuestras cosechas. Además de la

carne – algún tipo de faisán o gallina salvaje –, sirvieron unas raíces hervidas que llamaban *corra*, y frutas variadas, muchas desconocidas para mí.

Luego Dram comenzó a interesarse por el objetivo de nuestro viaje, preguntando si era verdad que pretendíamos fundar un nuevo reino humano en el continente oriental, y asegurándonos que tras el éxito de nuestra empresa estaría encantado de ayudar en las relaciones comerciales con nuestra vieja patria – es decir, de cobrar buenos peajes por cualquier nueva ruta que pasara cerca. Nos interrogó sobre el rumbo que tomaríamos, y nos previno contra sus compatriotas de Lesta y Arkeus, a los que llamó *mercenarios* y *bandidos* respectivamente.

Por último hablamos de los suministros que precisábamos para nuestras naves, y Dram dio las órdenes oportunas para que un lacayo nos acompañara a los establecimientos que él nos recomendaba y se asegurara de que nos ofrecieran un precio especial como amigos del tirano.

Estuvimos un día más en Liber, cargamos los pertrechos necesarios, probamos la cerveza local, y en la mañana del día décimo octavo del mes de Dloose levamos anclas y pusimos rumbo a levante, hacia la ciudad fortaleza de Lesta.

Noveno día del mes de Jaqoh de 6562

Tras muchos días de navegación hacia oriente, sin alejarnos nunca de la costa septentrional de Contia, divisamos a estribor el ancho delta del Deros. Este gran río nace lejos al sur, en los montes Dercianos, y recorre muchas leguas de bosque y monte hasta los campos de la ciudad-despensa de Inuvo. A partir de ahí se vuelve lento y perezoso, y es fácilmente navegable, hasta que se divide en muchos brazos, siempre cambiantes y rodeados de marismas, que desembocan en el océano.

Aunque lamentablemente no pudimos acercarnos a la costa, pues frente a la desembocadura del río acechan los bajíos y bancos de arena que sólo los marinos locales saben franquear, desde las naves logramos divisar una de las maravillas de Contia: el gran Kelong. Se trata de una inmensa plataforma de madera y bambú que cubre todo el delta, con miles de puentes y palafitos. Lo que comenzó como pequeños puentes de madera sujetos a grandes postes de bambú firmemente anclados en la marisma, que permitían a los contios pescar el marisco que abunda en el delta a salvo de las cambiantes mareas y brazos de mar, fue con los siglos creciendo y ampliándose hasta convertirse en un infinito laberinto de frágiles puentes y pasarelas colgantes, algunas simples tablas en precario equilibrio.

Acodados en cubierta pudimos observar a cientos de contios que desde sus estacas agitaban largas pèrtigas con redes en la punta, capturando las quisquillas y camarones que nadaban muchos metros más abajo. Los medianos compartían las plataformas con miles de aves marinas, que se zambullían incansablemente para volver a posarse en los postes de madera a disfrutar de los pequeños jureles y bagres que capturaban. Al pasar nuestra gran flota los pescadores detenían su faena y nos miraban curiosos. Algunos incluso agitaban sus brazos saludando. En el centro del gran delta un profundo canal, sobre el que no pendían postes ni plataformas, permitía el paso de los barcos que ascendían la corriente hasta Inuvo para volver cargados de cereal y fruta. Pero no era esa nuestra ruta. Seguiríamos costeano unas millas más, hasta el peñón de Lesta, cuya imponente silueta ya se perfilaba frente a nosotros en el horizonte oriental.

La fortaleza de Lesta está construida sobre un macizo rocoso que, rodeado de largas playas, se adentra en el mar. Formado por un granito más duro que el terreno de alrededor, esta mole queda unida a la costa por un largo brazo de arena, pero únicamente con marea baja, pues cuando suben las aguas sólo es accesible en barca. El macizo está atravesado de pliegues, profundas grietas y barrancos que descienden hasta el mar como estrías, formando

pequeños fiordos verticales por los que se puede llegar a tierra en pequeñas chalupas si la mar está en calma, mas sólo uno de ellos es lo suficientemente grande para servir de fondeadero a grandes naves, y se abre hacia el sudeste, por lo que tendríamos que rodear toda la península hasta encontrar su desembocadura.

Lesta era en verdad inexpugnable, y no habría forma de conquistar sus rocosos farallones si estaban bien defendidos desde arriba. La ciudad estaba tanto construida como excavada en la propia roca, y multitud de troneras y almenas se asomaban sobre escarpados riscos y paredes verticales, dominando las orillas anfractuosas plagadas de resbaladizas rocas. Y por encima de los muros superiores asomaba una larga fila de balistas y trabuquetes dispuestos para lanzar balas y barriles de brea a cualquier navio que atacara desde el mar. Solo un sitio prolongado podría quizás doblegar a sus habitantes. Y en verdad estas defensas eran importantes para su población, pues de otro modo las otras ciudades contias no hubieran dudado en aniquilarlos. Los lestos, como eran llamados sus habitantes en eyneo, eran mercenarios que protegían a los buques mercantes de los ataques de los piratas. No eran baratos, pero sí efectivos, y por tanto odiados por los corsarios y filibusteros del resto de la Confederación.

Uno de estos lestos, el capitán Peroim Rossconbhen, era quien había prestado su nombre como promotor de nuestra expedición, y sería además nuestro anfitrión en la ciudad durante nuestra estancia. Al parecer el padre de Vilent le había salvado la vida una vez, y desde entonces trataba al "pequeño Ruger" como a un sobrino.

Tras rodear el peñón viramos al sur para acercarnos a la costa y, mientras el resto de la flota destrincaba las anclas para fondear en la bahía, pusimos rumbo con la Golondrina al puerto de Lesta. Las hábiles manos de Sibeler, nuestra maestra navegante, dominaban el timón de la goleta, y esquivando con cuidado las altas paredes de roca pudimos amarrar sin contratiempos en el muelle de la fortaleza. Allí aguardaban nuestra llegada el capitán

Reino de Eldor

Peroim y otras autoridades, entre las que destacaba una contia corpulenta de pelo negro ensortijado, que a juzgar por sus engalanadas vestimentas y por los guardías que la flanqueaban debía ser quien gobernaba la ciudad. Detrás de esta comitiva se agolpaba un numeroso grupo de curiosos que observaban nuestra nave y a nosotros con evidente interés.

Aldor desembarcó con una pequeña escolta, entre los que figurábamos la princesa Inoed, Vilent, Meris, Leonel, Sibeler y yo, todos desarmados y ataviados con nuestras mejores galas. Al parecer los lestos son muy reacios a cualquier manifestación religiosa del exterior, por lo que Turanda el clérigo de Eldor permaneció a bordo, y los ritos de agradecimiento al dios de las aguas por la travesía se realizaron discretamente en la cubierta de las naves.

El hecho de disponer del príncipe Aldor en su fortaleza, y desarmado, pareció aplacar la inquietud que los contios pudieran albergar por tener en sus aguas a tan numerosa flota, y tras unas breves palabras de bienvenida pronunciadas con orgullo por Froappi Adnesiir, la fornida tirana que efectivamente era quien ejercía el poder en Lesta, y traducidas a nuestra lengua por el propio Peroim, pudimos retirarnos a la vivienda de éste a descansar. Era una casa acogedora y sencilla, de habitaciones blancas y espaciosas, con pequeñas ventanas sin cristal, cubiertas de ligeras cortinas y que permitían ver la verde campiña que se extendía tras las playas. Los techos eran bajos sin embargo, y debíamos tener cuidado de no golpearlos la cabeza, en especial Meris.

Peroim era el perfecto ejemplo de contio, tal y como lo imagina cualquiera. Maduro, sin ser viejo, de pelo castaño y con grandes patillas. Hablaba rápido, incluso en eyneo, y siempre movía sus manos, pequeñas pero curtidas por el mar. Era soltero, y vivía únicamente con la viuda Perségida, un ama de llaves que hacía también las veces de cocinera, y cuya mayor virtud era pasar siempre desapercibida, y con el hijo de ésta, un muchacho llamado Bodí que servía de mozo, pinche y grumete.

Después de refrescarnos y descansar un poco, Peroim nos ofreció una comida ligera, a base

de pescado blanco y verdura, tras la cual nos llevó, aprovechando la marea baja, hacia tierra firme. Cruzamos la playa y avanzamos media milla hacia el interior, hasta llegar a una llanura cubierta de hierbas y matorrales, donde el contio había reservado una explanada, acotada con unos postes y cuerdas, con el fin de que pudiéramos desembarcar hombres y caballos y llevarlos hasta allí para que acamparan y se repusieran del viaje sin invadir ningún terreno privado.

Décimo séptimo día del mes de Jaqoh de 6562

Llevábamos una semana alojados en casa de Peroim el contio, pues los vientos nos eran aún adversos, cuando una tarde en que Aldor y Vilent habían salido a pescar con nuestro anfitrión me sorprendió un llanto entrecortado que provenía de la cocina. La señora Perségida siempre había sido muy prudente, y era la primera vez que la veía dar rienda suelta a algún tipo de emoción, por lo que entré en la estancia dispuesto a averiguar qué ocurría. La encontré sentada en la mesa de la cocina, rodeada de harinas y masas con las que preparaba sus suculentos bizcochos. Sollozaba, y en su mano derecha sostenía una carta. Yo ignoraba que supiese leer.

– ¿Qué le ocurre, señora?

– Oh, nada – repuso algo sobresaltada, como si hubiera sido sorprendida en falta. – No quería molestar, señor – su dominio del eyneo era muy básico.

– No molesta – procuré tranquilizarla, – pero me extraña verla así, ¿qué ha pasado?

La criada dudó, reacia a comentar un tema privado con un invitado, pero a la vez temerosa de negarse. Por fin, alargó su mano entregándome la carta.

– Vea – dijo al fin. Miré la carta. Por supuesto no entendí nada.

– Lo siento, no sé leer contio – le indiqué.

Reino de Aldor

- Es mi hermana. Vive en aldea Vel Garun, a muchas horas de aquí – a medida que hablaba la señora Perségira se iba tranquilizando y dejó de sollozar, – en las colinas. Cuenta que un *amyaloben* se instala en el viejo castillo y aterroriza aldea; que hombres van e intentan matar pero ella llama a muertos y vencen a hombres.
- ¿Qué es un *amyaloben*, Perségira?
- Criatura maligna, señor. Por fuera parece persona, pero se alimenta de sangre y levanta a muertos de sus tumbas.
- No te preocupes, hablaré con el señor Aldor y seguro que podremos ayudar a tu hermana – le aseguraré.
- Carta escrita hace cuatro días, señor, quizá ya todos muertos.

Cuando llegaron los demás les conté todo lo ocurrido. Durante la cena discutimos los planes y decidimos partir al día siguiente hacia la aldea de Vel Garun, con el fin de acabar con la criatura maligna. Meris quedaría a cargo de las tropas que habían desembarcado, mientras que Sibeler aguardaría en la Golondrina, por lo que iríamos Aldor, Leonel, Vilent y yo, pero llevaríamos una guardia armada con nosotros. Peroim no podría acompañarnos, pues tenía asuntos que resolver en Lesta, pero Bodí, el joven hijo de Perségira, conocía bien la región de las colinas y nos guiaría hasta la aldea.

Décimo octavo día del mes de Jaqoh de 6562

Con la primera claridad del alba cargamos armas y un mínimo de provisiones y nos pusimos en marcha, pues nos separaban muchas leguas de las colinas y además tendríamos que cabalgar al paso del pony de Bodí. Los labriegos que se afanaban en los campos a la vera del camino levantaban la mirada asombrados al ver pasar al contio seguido de una docena de hombres armados y a caballo.

Durante toda la mañana cabalgamos tranquilos por el ancho camino que se alejaba hacia el sur siguiendo el cauce del Deros hasta Inuvo. La llanura estaba cubierta de pastizales, y numerosos riachuelos cruzaban el camino hasta desembocar en los lentos meandros del gran río. En uno de estos cruces Leonel dio prueba de su destreza con el arco, y con una flecha certera atravesó una focha que huía aleteando entre los juncos. Al final de la mañana los arrozales dieron paso a campos de centeno y cebada, y pequeños grupos de arbolillos jalonaban el camino cada poco, ofreciendo abrigo a los zorzales y a algún tímido corzo. En uno de estos bosquecillos, de jóvenes sauces y sabinas que comenzaban a verdear para recibir la primavera que empezaría en breve, nos detuvimos a descansar y dar cuenta de las provisiones y el ave recién capturada.

A media tarde dejamos el camino y torcimos hacia el este para seguir por un sendero más estrecho, apenas del ancho de una carreta, que nos obligaba a cabalgar de dos en dos, y que ascendía ligeramente hacia unos cerros que se adivinaban al frente entre la bruma. Aquí terminaban los campos de cultivo y las ocasionales casas y granjas, y a medida que nos adentrábamos en una zona más salvaje, de matorral y monte bajo, los bosquecillos se fueron volviendo más frecuentes y espesos, hasta que al fin el camino quedó flanqueado por una densa floresta, un lúgubre bosque de olivos y acebuches, cuyos troncos grises y retorcidos sobresalían por encima de las zarzas y los lentiscos.

Con el sol de la tarde ya bajando a nuestra espalda llegamos por fin al pie de los montes.

– Aquí comienzan las colinas de Garua – dijo Bodi señalando al frente. – El camino asciende hasta aquella degollada – señaló el puerto que quedaba entre dos grandes cerros frente a nosotros – y luego baja. Allende en el valle está la aldea de Vel Garus, la primera en el camino.

Comenzamos el ascenso de las laderas temiendo que nos costaría un gran esfuerzo coronarlas, pero la pendiente era más suave de lo que parecía, y el sendero zigzagueaba en amplias

curvas. Los acebuches cedieron su lugar a los pinos y los alerces. Mientras trepábamos a las colinas Bodi nos contó lo que sabía del castillo.

– En realidad más que un castillo es un viejo torreón en ruinas. Dicen que antiguamente habitó allí la familia Tresnidden, cuando el anciano barón gobernaba todo el valle. Pero los Tresnidden partieron hace mucho a la guerra en Sitene y nunca volvieron. Desde entonces sólo la hierba medró en la casona.

Por fin, tras un último recodo del camino, llegamos a la parte más alta de nuestra ruta, el puerto entre los cerros que daba paso al país de las colinas de Garua. A partir de allí el sendero descendía adentrándose en el valle, pero antes de continuar decidimos trepar a una gran roca con el fin de poder echar un buen vistazo a nuestro destino. El valle tenía la forma de un tazón, aunque alargado, de forma que nos asomábamos por uno de sus extremos. A nuestros pies, en el fondo del valle, descansaba un lago de oscuras aguas. En la orilla más cercana a nosotros se levantaba una loma y sobre su testa, dominando el valle como un diente ennegrecido, se alzaba el viejo torreón. En la otra orilla, donde el lago desaguaba en un rápido riachuelo que se alejaba siguiendo el valle, un misero conglomerado de casas de madera se apretaban unas contra otras: Vel Garus. En el extremo opuesto del valle, donde aún alcanzaban los rayos del sol, se adivinaba una segunda aldea en lontananza, pero ya nuestros pasos nos conducían hacia el oscuro lago, y al comenzar a descender un súbito soplo frío hizo temblar a jinetes y monturas, después de tantas horas cabalgando con la cálida luz del astro rey a su espalda. Las sombras se adueñaban de las ramas y raíces que nos rodeaban, y con la creciente oscuridad supimos que debíamos tomar una rápida decisión.

– Debemos buscar un lugar donde pernoctar – dijo nuestro guía – pues no alcanzaremos la aldea antes de que sea noche cerrada, y el camino no es bueno para caballos en la oscuridad. Además, dudo que alguien nos abra sus puertas tras la caída

del sol, a menos que encontremos la casa de mi tía.

- ¿Dormir al raso en el territorio de ese nigromante malvado o lo que sea? No parece una opción muy tranquilizadora – protestó Leonel.
- ¿Alcanzaríamos el torreón antes de la noche? – preguntó Aldor.
- Sí, pero... ¿no pretenderá atacar al amya de noche, milord? – Bodí temblaba. – Dicen que son más poderosos en la oscuridad, y es cuando salen a cazar.
- Quizá esté cazando, y se lleve una sorpresa a su vuelta. Llévanos al castillo y, mientras nosotros entramos, busca un lugar seguro donde puedas aguardar nuestra vuelta o el nuevo día.

Yo no compartía el optimismo de Aldor, aunque el hecho de contar con ocho soldados bien entrenados, además de nuestras cuatro espadas, debería haberme resultado tranquilizador. Continuamos descendiendo hacia el fondo del valle, hasta llegar a una bifurcación del camino. El sendero continuaba descendiendo recto y luego bordeaba el lago hasta llegar a la aldea, mientras que la desviación a la izquierda ascendía a la loma del castillo. Tomamos ésta y al cabo de pocos minutos dejamos atrás los árboles y alcanzamos la cima desnuda. Allí, recortada contra el cielo que se iba poblando de estrellas, estaba la vieja torre, recubierta de hiedra y musgo y rodeada de un poderoso muro de piedra. En el centro del muro un gran arco debió sostener antiguamente un portón de madera, pero ahora había desaparecido. Frente al castillo, a unos treinta pasos, se alzaba un anciano alcornoque solitario. Con un ágil salto, Bodí se colgó de la primera rama y trepó al árbol, acomodándose en su copa, decidido a esperarnos allí.

Atamos los caballos a ese mismo árbol y, desenvainando las espadas, entramos por fin en el recinto amurallado. Nos encontramos en un patio rectangular, en el que la hierba cubría las grandes losas de piedra del suelo, la mayoría rotas y agrietadas. A la derecha se alzaba la gran torre, la parte del castillo que al parecer había sufrido menos daños. Era redonda,

y se levantaba al menos dos niveles por encima nuestro. Desde lo alto podría vigilarse sin duda todo el lago, la aldea y el valle completo. A la izquierda quedaban los restos de una gran construcción, pero había perdido el techo y gran parte de las paredes. Lo único destacable en ella era una escalera de piedra en el centro de lo que debió ser una gran sala, que descendía hacia las profundidades de la tierra. Llevábamos antorchas en la mano izquierda, y procedimos a encenderlas, por su luz pero también como protección, pues el fuego suele ser enemigo de todas las criaturas de la oscuridad.

En primer lugar nos acercamos a inspeccionar la torre. La antigua puerta que custodiaba su entrada también había desaparecido, pero en algún momento habían tapiado el acceso con tablones de madera. Deínor, uno de los soldados eyneos que nos acompañaban, señaló una de las altas ventanas de la torre.

- Sin duda la criatura entra y sale por ahí. En mi pueblo dicen que las brujas y los vampiros vuelan en las noches sin luna.
- Aquí hay sangre – gritó otro de los soldados, que se había agachado junto a los primeros peddaños de la escalera descendente, en el edificio contiguo, – y parece reciente.

Al aproximarnos vimos que efectivamente había marcas de algún combate reciente, con manchas y huellas de pisadas que bajaban los escalones de piedra. Nos disponíamos a bajar cuando en ese momento oímos un gemido. Parecía un grito ahogado de una persona, y procedía de la torre.

- Angrey – ordenó Aldor, – tú y Vilent coged cuatro hombres e inspeccionad la torre. Los demás bajaremos al sótano.

La mitad del grupo comenzó a bajar la escalera de piedra, con las antorchas bien altas y cuidando cada paso, hasta que desaparecieron en las entrañas de la tierra. El resto nos afanamos quitando los tablones de madera que habían clavado al dintel de la puerta y nos

impedían la entrada a la torre. Ya no oímos ningún otro gemido y, cuando los ecos de nuestros propios golpes fueron muriendo en el abandonado patio, reinó el silencio en la colina. En la noche estrellada, allí en la cima desnuda de aquella loma, ni siquiera la llamada de las aves nocturnas nos llegaba de los pinares de más abajo, ni el sonoro canto del correr de algún arroyo que se derramara en las plácidas aguas del lago, también estrellado.

– Vamos – dijo Vilent por fin, y dando la espalda al bosque y las estrellas penetramos uno por uno en el antiguo torreón.

En la planta baja no había nada, literalmente, sólo desnudas paredes mohosas y la escalera circular que conducía a los niveles superiores. Ascendimos despacio, procurando no hacer ruido con nuestras armas, mientras nos manteníamos alerta ante cualquier movimiento sospechoso que pudiera sorprendernos bajo la vacilante luz de las antorchas. Tras subir el último escalón nos encontramos en un gran salón, que ocupaba casi toda la planta. El suelo de la estancia, recubierto de una gran alfombra circular mugrienta y gris – cuyo color original podía haber sido cualquiera, – estaba plagado de muebles rotos, trozos de mesas, sillas y otras piezas de madera, todas desvencijadas y carcomidas. Únicamente una gran chimenea de piedra permanecía intacta en la pared opuesta, con el techo ennegrecido por el uso. Junto a ella una puerta daba paso a dos estancias más pequeñas, que también resultaron carentes de interés. Tan sólo quedaba el siguiente tramo de escaleras, que daba acceso al último piso de la torre.

Ascendimos despacio, iluminando nuestros pasos con las antorchas, hasta llegar a una enorme buhardilla que ocupaba toda la superficie de la planta. Innumerables objetos descansaban en sus estanterías y paredes, o cogían polvo tirados por el suelo: armaduras y escudos de armas, retratos familiares de nobles medianos engalanados, animales disecados, arcones y cofres, e incluso algunos aparatos que parecían destinados a la tortura.

Atravesamos con cuidado todo este caos de trastos y cachivaches, buscando algún rastro de nuestro enemigo o su guarida. Finalmente en un extremo de la sala se destacaba una gran jaula de hierro, y en el interior pudimos entrever una figura humana que yacía en el suelo. Al oír nuestras voces y ver la luz de las antorchas se levantó y se acercó a los barrotes: era una muchacha humana de mirada temerosa. Pese a las evidentes marcas de cansancio y nerviosismo en su rostro, la muchacha era bellísima. Su nivea piel como suave seda sin mácula y sus ojos aguamarina quedaban enmarcados por una melena negra y lacia, ahora despeinada.

– ¡Oh! – gimió. Sin duda no éramos lo que esperaba ver, y un gesto de alivio se dibujó en su semblante. – ¡Rápido – rogó, – sacadme de aquí antes de que él regrese!

Cogí una de las mazas de armas que colgaban de una armadura y atacé repetidamente la cerradura de la jaula. Los fuertes golpes resonaron con estrépito en toda la torre y en el exterior, hasta el punto de que probablemente se oyeron en la aldea vecina, con sus ecos repitiéndose por el valle. Desde luego si quería avisar de nuestra presencia a algún ser maléfico no podía haber encontrado mejor forma. Por fin el cerrojo cedió ante mis golpes y se rompió. Abrí la jaula y Raf, otro de los fieles soldados que nos acompañaban, entró y cogiendo en brazos a la desfallecida muchacha la sacó de allí. Ella se abrazó al cuello del soldado, mientras con el otro brazo se protegía los ojos del brillo de las teas, pues sin duda llevaba largo tiempo atrapada en la oscuridad.

Aldor y Leonel mantenían bien altas sus antorchas mientras los soldados exploraban la enorme sala. Sin duda se trataba de una antigua bodega, y viejas cubas y toneles yacían rotos y recubiertos por el polvo de muchos años de abandono. Las húmedas paredes acrecentaban el frío de la noche del mes de Jaqoh, por lo que los hombres se arrebujaron en sus capas mientras examinaban cada rincón. Las señales de combate eran evidentes también

aquí.

– ¡Aquí! – gritó uno de los soldados, y el resto se acercaron a mirar lo que alumbraba con su antorcha.

En una de las paredes, entre dos enormes cubas, habían excavado un pasadizo en la roca, que descendía girando sobre sí mismo en una cerrada curva hacia la izquierda. Los escalones eran cortos e irregulares, y el techo muy bajo, por lo que descendieron con cuidado de uno en uno. Una vez abajo miraron a su alrededor. Se hallaban en una catacumba, excavada en la piedra. Un corto pasillo desembocaba en una sala ancha, pero a pesar de que las antorchas no alcanzaban a iluminar el otro extremo, sus voces sonaban extrañamente apagadas, y parecían morir al llegar a las paredes opacas y sin eco.

La sala estaba completamente vacía, salvo por unos burdos símbolos negros en los muros de roca, quizá pintados con el extremo de un palo quemado, y algunos trozos rotos de jarrones o vasijas desperdigados por el suelo. En ese momento se oyeron unos desagradables cruídos, como quien pisa pequeños objetos de barro. Algo se movió en la oscuridad, más allá del círculo de luz. Y entonces los vieron. Eran seis o siete, y portaban restos de armaduras y armas oxidadas. Girones de tela mugrienta y algunos trozos de cota de mallas aún cubrían partes de sus huesos desnudos, y uno de ellos incluso portaba aún un yelmo cornudo que le cubría el cráneo.

Aldor y sus hombres formaron un semicírculo defensivo, con las antorchas en alto y las espadas listas en la diestra, protegiendo así el flanco del compañero, y aguardaron el ataque de los esqueletos. Estos se abalanzaron contra los hombres sin compasión, lanzando grandes tajos con sus oxidados cuchillos y alfanjes. Los esqueletos se movían sin prisa, mecánicamente, y aunque sus ataques eran previsibles, podían ser muy rápidos cuando querían, y no cometían errores, ni sentían miedo o dolor. En cambio el terror era su mejor arma, y aunque el riguroso entrenamiento militar permitió que los soldados mantuvieran sus

posiciones y acataran las órdenes del príncipe, no es difícil imaginar a los impresionables y supersticiosos aldeanos y granjeros correr despavoridos ante su simple visión.

Los hombres contraatacaron en ese momento, apuntando a las articulaciones de brazos y piernas. El enorme martillo de Meris hubiera sido una gran ayuda contra estos huesudos enemigos, pero tuvieron que valerse de los filos de sus espadas cortas. Uno de los soldados recibió una fea herida en el muslo, pues aunque cortaras las piernas de los esqueletos por la rodilla, éstos continuaban luchando desde el suelo, sin la menor queja, y lanzaban peligrosos hachazos a diestro y siniestro.

Sin embargo la fuerza de las hordas de esqueletos suele basarse en el número, y un puñado de ellos no era rival para los curtidos soldados humanos. Además, por la estatura no había duda de que se trataba de esqueletos que habían pertenecido a medianos. Pronto fueron hechos pedazos sin ulteriores bajas, y Aldor y el resto de sus hombres pudieron terminar de explorar las catacumbas, mientras uno de los soldados atendía al herido.

En el centro de la última sala habían excavado un agujero en el suelo, con muescas en una de sus paredes. Lanzaron una antorcha por el hueco y vieron que daba a otro subterráneo en un nivel inferior, por lo que descendieron por el túnel vertical, aferrándose con pies y manos a los huecos tallados en la pared.

El subterráneo era en realidad una cripta, de techo bajo y forma redonda, excavada en la roca viva. El único objeto presente en la estancia era un gran sarcófago, que reposaba contra la pared del fondo. Estaba tallado en alguna clase de madera muy oscura, y recubierto de runas y símbolos grabados en relieve en su superficie. La tapa yacía rota a un lado, y todo el cuerpo había sufrido evidentes daños, como si hubieran clavado muchas hachas y puñales en la madera. Tras asomarse al interior comprobaron que estaba vacío, salvo por unas palabras escritas en el fondo. Alguien las había trazado apresuradamente, con letras gruesas de color rojo negruzco, como si hubieran usado por pluma un dedo embadurnado de sangre.

- Está escrito en contio – aclaró Leonel tras acercarse y examinar el mensaje.
- Rápido – gritó Aldor al soldado que había quedado en el nivel superior cuidando del herido, – lleva a tu compañero a la superficie y trae al mediano.

Al cabo de unos minutos el soldado regresó con Bodi pisándole los talones. El príncipe señaló el sarcófago al mediano, y mientras le alumbraban con las antorchas el joven contio leyó las palabras sangrientas:

- “No pudimos matarla, nuestras armas no...”, esta parte está borrada, y sigue “...la maldición. La hemos encerrado en su torre, para que muera de hambre sin sangre”.

En aquel momento se oyeron unos golpes metálicos que venían del exterior y se repetían con ritmo regular, como si alguien golpeará un trozo de metal con un mazo.

- ¡Por Eldor! ¡A la torre! – gritó Aldor, y todos corrieron escaleras arriba.

Nos disponíamos a descender por la escalera del torreón cuando Aldor y sus compañeros llegaron corriendo y gritando. En aquel momento escuché un extraño gorgoteo detrás de mí. Al darnos la vuelta vimos que Raf, que era quien venía el último, había dejado caer su arma al suelo y tenía los ojos en blanco. La muchacha que habíamos rescatado se había encaramado como un gato sobre sus hombros, y le sujetaba la cabeza hacia un lado mientras le chupaba el hálito vital que manaba de su cuello.

De pronto saltó al suelo en medio de la sala, mientras el cuerpo del soldado se derrumbaba sin vida como una cáscara hueca, y nos miró con hostilidad, relamiéndose aún. Parecía haber recuperado la energía perdida tras su encierro. En ese momento un silbido cruzó la estancia: una flecha partió rauda del arco de Leonel, para incrustarse en la frente de la mujer vampiro. Esta cayó derribada hacia atrás y se quedó inmóvil en las losas.

- ¡No os confiéis! – advirtió Leonel, mientras nos acercábamos a la muerta. Tenía la

saeta clavada en la cabeza, pero no sangraba.

El aviso del de Litigatt no llegó demasiado tarde, pues de repente la chupasangre se incorporó de nuevo y como una exhalación se abalanzó contra el soldado más cercano, que se encontraba a mi derecha. Con un reflejo instintivo lancé un gran tajo con el filo de mi acero que la golpeó en el pecho y la lanzó hacia la esquina de la habitación; un golpe que habría matado a cualquier hombre sin coraza. Sin embargo aquel ser maligno se incorporó al momento, palpándose la herida con la mano mientras nos miraba con ojos coléricos y echaba espumarajos de rabia por la boca. En ese momento nos mostró unos afilados colmillos, y lanzó un grito tan horrible que todos tuvimos que taparnos los oídos estremecidos. Cuando pudimos recobraros ocurrieron varias cosas simultáneamente. Ante nuestro asombro el cuerpo del soldado Raf, como obedeciendo a la voluntad de su nueva dueña, se levantó del suelo y con una velocidad terrible atacó a Vilent, derribándolo con un fuerte golpe de su espada. Mientras sus compañeros acudían en auxilio del capitán y se enfrentaban al cadáver reanimado, la aymaloben, dando un salto inhumano, atacó a otro soldado y, agarrando su cabeza con ambas manos, la hizo girar hasta que su cuello se dislocó con un crujido. En ese momento Leonel la atacó desde atrás con su antorcha. El monstruo soltó un alarido de dolor y, para alejarse del fuego que le quemaba la espalda, se dejó caer rodando hacia el centro de la sala. Ya estaba empezando a incorporarse con increíble agilidad cuando Aldor, agachándose junto a ella, trazó un rápido arco hacia arriba con Sharnedorë. Hubo un relámpago azul cuando el filo sagrado rebanó el cuello de aquel ser maldito al que otras armas no habían podido herir y, aunque la cabeza cortada cayó con un ruido seco junto al príncipe y rodó por las losas de piedra, el cuerpo de la criatura aún avanzó algunos pasos más, agitando los brazos en el aire, antes de caer inerte al suelo.

Con un ruido como el de un pergamino plegándose, el cuerpo de la chupasangre se consumió en las frías losas, hasta convertirse en polvo y ceniza. Todos respiramos aliviados, y

atendimos a los heridos como pudimos. Entre las ropas del monstruo sólo hallamos una extraña llave verde, tallada en algún tipo de piedra dura. Tras una búsqueda por la sala resultó que esta llave abría un cofrecillo que hallamos oculto en una esquina de la estancia, fabricado en la misma extraña piedra verde que la llave; de color esmeralda, pero dura y opaca como el jade. Aldor examinó el cofre con gran atención, girándolo en sus manos. Al cabo de unos instantes pronunció una palabra:

- ¡Oricalco!
- ¿Qué es eso? – pregunté. Nunca había oído esa palabra.
- Es un material extraordinario, y muy raro hoy en día, aunque los antiguos lo buscaban con ahínco y lo extraían del subsuelo. Había leído sobre él, pero solo había visto un pequeño trozo de roca una vez, nunca un cofre entero. Dicen que el oricalco es la piedra más dura conocida, y que no existe medio de abrir un cofre como éste, ni romperlo, si no posees la llave.

El príncipe introdujo la llave en la cerradura y con un clic abrió el cofrecillo. Todos nos asomamos y bajo el fulgor de las antorchas pudimos ver brillar un montoncito de piedras preciosas: rubíes, topacios, zafiros y esmeraldas, y muchas otras gemas brillantes.

- Esto aliviará las penurias de los habitantes de la aldea.

Esa noche dormimos bajo el gran alcornoque, pues a pesar del frío ninguno quiso descender a la vieja bodega ni pasar la noche en la malhadada torre.

A la mañana siguiente, tras dar sepultura a los soldados caídos, descendimos hasta Vel Garun. En la aldea se mostraron en un principio aprensivos y reacios a hablar del castillo y su vampiro, y no entendían que hubiéramos liberado al ser que tanto les había costado encerrar, aunque cuando comprendieron que la amyalohen había sido destruida para siempre,

y cuando vieron las piedras preciosas que Aldor repartió entre los habitantes, mostraron por fin su alivio, alegría y agradecimiento. Celebraron los ritos fúnebres por aquellos que habían perdido la vida, y por la tarde prepararon un gran almuerzo para festejar la muerte de la bestia.

Bodi disfrutaba de su recién adquirido prestigio como guía de nuestra expedición, y haciendo las veces de traductor contó a su tía y al resto de aldeanos lo ocurrido durante la noche – sin duda exagerando un poco su propio papel –, y habló también de nuestra expedición hacia el continente oriental, con palabras tan excitantes que varios jóvenes contios decidieron alistarse con nosotros, y allí mismo hicieron voto de lealtad al príncipe Aldor y prepararon su equipaje para acompañarnos de vuelta a la costa.

Aldor conservó el cofre de oricalco, y Caeneras lo estudió con gran interés cuando estuvimos de vuelta en Lesta con nuestros hombres.

Por fin estábamos de nuevo en camino, tras reponernos al cuidado de los exploradores élficos, y me sentía feliz, disfrutando de los olores del bosque y de los ocasionales encuentros con la fauna local, que Rodegar nos señalaba en silencio: un azor volando entre las copas, un glotón malhumorado, un ciervo que huía presuroso, algún lirón careto que había visto interrumpido su sueño invernal, y sobretodo muchos jabalíes, de una variedad con el lomo rojizo que yo no conocía. Habíamos disfrutado de cuatro días de descanso en compañía de los yag, y en la mañana del sexto día del mes de Dloose nos despedimos de nuestros nuevos amigos para continuar con la misión, no sin antes hacerles entrega de una carta dirigida a Aldor explicando nuestras aventuras, por si el camino de estos elfos los llevaba al encuentro del príncipe.

Tras varias leguas de marcha y ya con el sol alto en el cielo, pudimos ver entre los grandes claros que separaban las encinas la costa hacia la que nos dirigíamos. El terreno descendía suavemente hacia el oeste, entre pequeños sotos y matorrales, y un pequeño río lo atravesaba bajando en tranquilos meandros hasta el mar. A la

izquierda de su desembocadura había tierras bajas en las que el mar entraba a voluntad, formando una marisma. En cambio a la derecha se alzaba una pequeña colina, un puesto defensivo ideal junto a la orilla del cauce, y más allá la costa se levantaba escarpada hacia el norte, conduciendo a terrenos más altos. Justo donde el río se unía al océano había existido alguna vez el asentamiento de Mel Angöre. Aún podían verse desde donde nos encontrábamos trozos de una calzada, algunos edificios y muros en ruínas, y restos de lo que debió ser un gran embarcadero.

A la brillante luz del mediodía el paisaje nos pareció agradable y acogedor, pero a medida que descendíamos con grandes zancos por la suave ladera y nos acercábamos a la antigua colonia nos percatamos del estado de ruina y abandono en que se hallaba. La hiedra había cubierto gran parte de sus muros umbríos, y las zarzas y otras malezas se habían adueñado de aceras y patios. Algunos olmos secos y retorcidos se habían abierto paso a través del empedrado y de los bloques de granito, agrietando el suelo, y se alzaban aquí y allá como tétricos habitantes silenciosos. A medida que avanzaba la tarde comenzó a alzarse una tenue niebla en el valle, y el único movimiento en las olvidadas ruinas parecía ser el aleteo de algunas cornejas que sobrevolaban las derruidas mansiones con sus graznidos lastimeros.

Ya llegando al asentamiento divisamos una explanada que se extendía justo al norte de lo que debió ser la entrada principal, y pudimos reconocer un antiguo camposanto en el que, a pesar de que allí la bruma se arremolinaba más que en ningún otro sitio, aún podían verse las piedras labradas de tumbas y mausoleos de antaño, esparcidas entre la seca hierba. El viejo cementerio amortajado por la niebla resultaba lúgubre en la suave luz menguante de la tarde invernal, y ni siquiera Caeneras quiso cruzar la oxidada verja de hierro y acercarse a investigar los nombres grabados en las piedras, arriesgándose a que la noche nos alcanzara allí. Continuamos por tanto hacia el oeste por lo que debió ser la calle mayor de Mel Angöre, flanqueada por muros y castros totalmente derruidos, hasta llegar a una gran plaza. En su centro se amontonaban unas piedras, lo único que quedaba de la orgullosa estatua de algún viejo rey olvidado. En el extremo norte de la plaza, donde se alzaba la colina, unas grandes ruinas atestiguaban la presencia antaño de una fortaleza. La violencia que había destruido toda la urbe se había ensañado especialmente con este castillo, sin duda el baluarte defensivo de la colonia, pues todas sus torres y almenas yacían

destruidas, y las piedras rotas y renegridas daban muestras de un largo y cruento asedio.

Fue otro el edificio que atrajo en cambio la atención de nuestro erudito. En un rincón de la explanada se levantaba una gran casa de planta circular bastante menos destrozada que otras. Al acercarnos Caeneras señaló un sello grabado en la piedra sobre el umbral de la entrada. Encima del arco de piedra gris ahora sin puerta podía aún distinguirse, en el interior de un rombo, la figura de un pájaro, quizás un búho.

– El cárabo – dijo el anciano – es un antiguo símbolo de la sagrada Dloose, diosa de la sabiduría y el conocimiento.

Caeneras se precipitó en el interior de la casa sin tomar la más mínima precaución, pese a que aún sobresalían algunas vigas y muros que podrían derrumbarse en cualquier momento. Seguimos los pasos del sabio y lo encontramos en un gran salón central, bastante iluminado al haber perdido gran parte del techo, rebuscando por los rincones. Sin embargo no hallamos nada especial; los siglos se habían encargado de corromper e inutilizar cualquier resto que pudiera haber resistido la ola de destrucción que había assolado aquel lugar. Aún así Caeneras insistió, e hizo señas a Rodegar de que inspeccionara con especial cuidado el suelo, buscando algún tipo de trampilla. Yo intenté ayudar, pero me parecía obvio que allí no había nada, y tosiendo por el polvo que inundaba las ruinas preferí volver al aire libre y esperar en la plaza. No llevaba ni un minuto fuera cuando miré hacia el este, al camino por el que habíamos venido, y vi algo que me heló la sangre en las venas.

El sol acababa de ocultarse tras el ancho mar, pero aún quedaba la suficiente luz para ver a cierta distancia, y algo se movía sin duda allá lejos. Al principio sólo pude distinguir varios objetos extraños, sin forma definida, que parecían arrastrarse. Pero al cabo de unos segundos resonó en el valle un chirriante crujido que me llenó de espanto, al traer a mi mente la vívida imagen de la vieja cancela de hierro oxidado que daba paso al ruinoso cementerio. Poco después divisé movimiento de nuevo, esta vez en el camino. Sí, unas oscuras formas, de aspecto vagamente humano, estaban en la vieja calzada. Pero había algo muy extraño en ellas. Sus pasos eran renqueantes, como si se arrastraran o tambalearan, y con frecuencia se dejaban caer al suelo. Me quedé helado mirando la escena incapaz de moverme, mientras el frío nocturno

penetraba en mis huesos, hasta que las figuras se acercaron lo suficiente para permitirme apreciar algunos detalles más. Eran no menos de veinte seres, más oscuros que cualquier sombra, con forma humana aunque más pequeños y corpulentos. Su paso era vacilante y extraño pero avanzaban deprisa, y entonces pude comprender la razón de su continuo agacharse hasta el suelo: estaban olfateando nuestro rastro. Al percatarme de que no asistía a una escena terrorífica pero ajena, sino que aquellas criaturas cazadoras seguían un olor en la noche que los llevaría indefectiblemente hasta nosotros, mis piernas reaccionaron por fin y pude echar a correr, angustiado y lleno de pavor, hacia mis amigos.

Cuando llegué al derruido salón Rodegar se hallaba agachado en el suelo junto a unos escombros, pues tras un rato de búsqueda el atento ojo de nuestro explorador había dado por fin con algo. Un reciente derrumbe de parte del techo había roto una de las grandes losas del suelo, y por un lado quedaba al descubierto una abertura que se ocultaba debajo.

– Ayúdale, vamos – me urgió Caeneras, – creo que hemos encontrado algo importante...

Sus palabras murieron en sus labios cuando vio la expresión de terror en mi rostro.

– Tenemos compañía – las palabras salían de mi boca mecánicamente, mientras mis manos recogían nuestras armas y mochilas y las acercaban a donde se hallaban mis amigos. – Caeneras, enciende una antorcha y busca cosas que ardan. Necesitamos un refugio.

Con una sangre fría impropia de mí, como si el peligro fuera algo habitual en mi vida, comencé a ayudar a Rodegar a apartar los escombros que sepultaban la losa tras la que podía quizá hallarse nuestra escapatoria, mientras le describía someramente los seres que se acercaban. Tras unos minutos que se me hicieron eternos logramos por fin despejar la tierra y rocas amontonadas y, entre los dos, pudimos levantar la pesada piedra. En cuanto se acercó Caeneras con la antorcha comprobamos con gran decepción que no había allí ningún túnel que nos fuera a permitir escapar de nuestros enemigos. Unos mohosos escalones de bajada debían conducir en otra época a algún amplio sótano, pero todo se había derrumbado y era imposible abrirse paso. Sólo quedaba un pequeño hueco en el que apenas había espacio para nosotros

y nuestras pertenencias. En ese momento pudimos oír claramente unos gruñidos sibilantes que provenían de la entrada, angustiosamente cercanos.

- ¡Todos adentro! – gritó Rodegar mientras empujaba a Caeneras hacia el hueco en el suelo. Veloz como el rayo apagó la antorcha contra el suelo mientras yo lanzaba las mochilas por la abertura. Luego colocamos la losa sobre el agujero y, mientras yo bajaba algunos peldaños y la sostenía desde abajo, Rodegar se introdujo el último por la ranura y despacio la dejamos caer, con la esperanza de que sirviera de protección de algún modo.
- Silencio ahora – dije en voz baja mientras intentábamos acomodarnos sin hacer ruido en aquel pequeño espacio. Pusimos los petates en el fondo, desenfundamos nuestras armas y aguardamos en silencio, temblando y mirando el pequeño agujero por el que se colaba un poco de la fría luz lunar. El hueco que nos había permitido hallar la trampilla, y que habíamos tenido que agrandar cavando para poder hacer palanca y levantar la losa podía suponer ahora nuestra perdición.

Pasaron unos minutos sin que ocurriera nada. Inconscientemente comencé a jugar con la idea de que el peligro había pasado, de que quizás era otro rastro el que perseguían aquellos monstruos. Justo entonces algo tapó momentáneamente la tenue luz que penetraba en nuestro escondite, y el ruido de objetos arrastrándose por la sala nos llenó de horror. Algo olfateaba el suelo cerca de la trampilla. De repente un oscuro brazo con largos dedos terminados en garras penetró por la abertura y se movió a tientas buscando en el aire. Rodegar lanzó un gran tajo con su machete e hirió profundamente a la criatura en el antebrazo, desgarrando la extremidad hasta casi cortarla. Aquel ser lanzó un aullido estremecedor y retiró rápidamente el brazo.

- Nos han descubierto, ¡enciende la antorcha! – gritó el explorador a Caeneras que, acurrucado detrás nuestra, se apresuró a cumplir la orden. Mientras, yo intentaba herir con mi espada corta a cualquier cosa que intentara penetrar en nuestro reducto.

De pronto el resplandor de la antorcha iluminó la horripilante escena, propia de un relato de terror de antiguos numas y nigromantes. Si la luz pareció amedrentar un poco a nuestros atacantes, al menos a los más próximos, debo decir que también

surtió el mismo efecto en nosotros, pues nos permitió verles en toda su horrible repugnancia. Sus cuerpos oscuros eran perturbadoramente humanos pero parecían mal encajados, como si alguien hubiera intentado dar forma humana al cadáver de una hiena. Y sus rostros ávidos de carne terminaban en un hocico corto y pútrido con grandes colmillos. Pero lo peor eran sus ojos, o mejor dicho la ausencia de ellos, pues todos sin excepción mostraban cuencas vacías, que los dotaban de un espantoso aura de muerte inexorable, sin posibilidad de duda o piedad.

- ¿Qué demonios es eso? – logré articular.
- Parecen algún tipo de necrófagos – repuso Caeneras. Cualquier rastro de rigor académico había desaparecido completamente de su asustada voz, – engendros carnívoros. Algunos afirman que no están vivos ni muertos.

Los horribles cazadores parecieron sobreponerse del temor a la antorcha y renovaron su asalto sobre nuestro pequeño refugio. Defendiéndonos como podíamos, pronto comprendimos que eran totalmente ciegos. Nos habían localizado con el olfato, y si la antorcha los confundía o atemorizaba era sin duda por el calor que desprendía, pues parecían detectarlo de algún modo.

Por suerte la gran losa nos protegía dejando una estrecha abertura de acceso, que tuvimos que defender con el fuego y las espadas, y al parecer la inteligencia de los monstruos no les alcanzaba para ponerse de acuerdo e intentar levantar la piedra entre varios. Aún así su voracidad era tal que el olor de nuestra carne tan cerca los volvía locos y atacaban con enorme ferocidad, dando zarpazos e intentando mordernos con sus sanguinolentos hocicos. Tras dejar malheridos a unos cuantos con nuestros filos, pareció que la contienda había llegado a un punto muerto. Sin embargo sabíamos que el tiempo corría en nuestra contra, pues nuestros brazos comenzaban a acusar el cansancio y, peor aún, nuestra antorcha no duraría mucho más, a pesar de que Caeneras intentaba alimentarla con trozos de cuero o piel, e incluso con flechas.

Al cabo de una hora aproximadamente consumimos todo el combustible que teníamos y nuestra luz murió por fin. Y entonces comenzó en verdad el horror. Sólo contábamos con el tenue brillo de la luna para intentar distinguir los ataques de los necrófagos, que además se volvieron mucho más precisos, al poder distinguir el calor

que emanaba de nuestros cuerpos con mayor claridad. De vez en cuando alguna nube ocultaba la luna y entonces sufríamos lo indecible. Tuvimos que turnarnos Rodegar y yo en la defensa de la entrada, para descansar pero sobretodo para evitar herirnos entre nosotros, y movíamos el arma casi a tuestas, con desesperación y miedo, deseando que volviera pronto la luna con su luz salvadora. Pronto tuvimos los brazos y hombros llenos de zarpazos y arañazos sangrantes, que sin duda terminarían infectándose, aunque nada podíamos hacer para aliviar el dolor.

Jamás olvidaré aquella noche en toda mi vida. Muchos años después solía visitar a Rodegar, ya convertido en un abuelo gruñón, en su cabaña al sur de Bassara, y pasábamos la tarde en el porche junto a una botella de ron litiako, recordando al viejo Caeneras y nuestras aventuras juntos. Pero jamás hablábamos de aquella noche en las ruinas de Mel Angöre y del ataque de los necrófagos, y su solo recuerdo me llena aún de espanto, después de todos estos años.

Cuando ya el cansancio se apoderaba irremediabilmente de nosotros, hasta un punto en que casi llegamos a desear una muerte rápida para descansar y dejar de sufrir, el ataque cesó. Tardamos unos minutos en darnos cuenta, tan enervados estábamos, y aún pasaron varios minutos más hasta que nos atrevimos a relajar nuestra posición y descansar un poco, acurrucados en nuestro agujero. Al cabo de un rato comprendimos. La noche había pasado, y la claridad matinal se colaba ya por el techo arruinado, inundando el gran salón. Con infinitas precauciones salimos poco a poco del refugio, espada en ristre y todas las articulaciones lastimadas, e inspeccionamos la casa hasta convencernos de que los atacantes habían huido, sin duda de vuelta a los nichos y tumbas que debían servirles de cubil.

Cuando salimos del viejo edificio el sol ya se elevaba sobre las lomas orientales, y un viento gélido recorría la desolada calle que aún se adivinaba entre las piedras mohosas. Caminamos hacia el sur, dejando atrás los podridos muelles y la desembocadura del río, hacia una zona más pantanosa donde algunas aves zancudas ya graznaban. Queríamos alejarnos cuanto antes de las temibles ruinas, aunque estábamos agotados y magullados. Además Rodegar había recibido un feo mordisco en la mano izquierda y tenía el brazo paralizado hasta el codo. Avanzamos a

trompicones por la marisma mientras la mañana daba la bienvenida a un coro de grillos y ranas, que se mezcló discordante con el zumbido de insectos que ya revoloteaban en el aire.

– Este sitio me da escalofríos – dije mientras me ajustaba el abrigo.

Incluso Caeneras, siempre dispuesto a olvidarse de cualquier otra consideración ante la posibilidad de investigar un lugar nuevo, asintió con aire apesadumbrado.

– Tienes razón, muchacho. No me gustaría tener que permanecer aquí más de lo estrictamente necesario.

Rodegar interrumpió nuestras quejas sin emitir palabra, como era su costumbre. Únicamente señaló hacia un promontorio rocoso que se divisaba hacia el sur siguiendo la línea de costa.

– Allí – dijo por fin, – ese es nuestro destino, allí esperaremos la llegada de la flota. Ahora debemos alejarnos cuanto podamos del cementerio maldito, y rezar porque la marisma borre nuestro rastro.



Mapa 6: Expedición de Angrey
Salida de Ymber, captura de los orcos, liberación de los elfos, bajada a Mel Angöre, cementerio, plaza, Laguna de las Garzas, playa sur, Madraides.

Echamos a andar, vadeando la pantanosa laguna. Ésta dio pronto paso a una larga playa de fina arena, donde ya nuestras fuerzas cedieron por fin, y nos dejamos caer en las dunas totalmente extenuados. Comimos algo de nuestras provisiones e hicimos lo que pudimos para curar nuestras heridas. Y aunque hicimos un par de pequeñas incursiones para buscar agua en un riachuelo cercano, permanecimos todo el resto del día en aquella playa descansando.

Al caer la noche estábamos ya casi repuestos de nuestra desventura, y Rodegar comenzaba a recuperar la movilidad en el brazo. Volvimos a sentir hambre, pero el guía se negó rotundamente a que encendiéramos un fuego o cualquier otra luz en espacio abierto, así que tuvimos que preparar una cena fría, consistente en tiras de carne seca y pan duro. De pronto Caeneras pareció recordar algo. Rebuscó en su mochila y extrajo un pequeño cofre plano, de madera negra y agrietada, que nos mostró con mirada triunfante.

- Encontré esto medio enterrado en el subterráneo de anoche – afirmó con una gran sonrisa, – y creo que contiene el material más preciado del mundo.
- ¿Adamantio? – pregunté ingenuo – ¿perlas de Sulpán?
- No – el viejo hizo un gesto desdeñoso mientras abría el desvencijado cofrecillo con una daga y nos mostraba el contenido. – ¡Saber!

Rodegar y yo miramos los amarillentos pergaminos con cierto hastío, y seguimos masticando las tiras de carne. Caeneras afirmó haber hallado su tesoro por la mañana, mientras salíamos del refugio, aunque yo siempre he sospechado que lo encontró la noche anterior y nunca lo confesó pues lo hubiéramos obligado a quemarlo en la antorcha durante el ataque.

Aunque nuestro querido sabio ardía en deseos de investigar en detalle su hallazgo, ya había anochecido, y Rodegar seguía negándose a encender fuego y delatar nuestra posición, por lo que el anciano tuvo que postergar su estudio, no sin unas cuantas maldiciones, y procurar dormir.

La mañana, húmeda e incómoda, nos encontró acurrucados y con la boca seca. Me levanté algo anquilosado, y me fijé que la arena a nuestro alrededor estaba surcada

por multitud de pequeños rastros, como si cientos de escarabajos o tijeretas se hubieran paseado por nuestras pertenencias e incluso por nuestros propios cuerpos. Tuve que revisar bien mi ropa y mi mochila buscando posibles bichos, quién sabe si infectos o venenosos. Llenamos las cantimploras en el arroyo cercano y continuamos nuestro camino hacia el promontorio que sobresalía en el horizonte meridional.

Al tercer día de camino nos encontramos lo suficientemente cerca para comprobar que en realidad se trataba de una pequeña península, bastante rocosa y separada de tierra por un estrecho istmo, que marcaba el final de la bahía que contenía el abandonado puerto de Mel Angöre. Más allá de la península la costa torcía de nuevo hacia el este en un gran golfo donde el caudaloso río Lames desembocaba formando un enorme delta, tal y como Caeneras nos había mostrado con sus dibujos en la arena aquella noche en que llegamos a este continente y nos reunimos en la gran tienda del príncipe.

El promontorio constituía por tanto un excelente puesto de vigía, desde el que teníamos una completa panorámica de la bahía al norte, presidida por la extraña isla arenosa que divisamos una vez desde la borda de nuestros barcos en la furiosa tormenta que nos recibió en estas costas, y del golfo al sur, rodeado por una espesa franja verde de bosque que se perdía en la distancia. Sería imposible por tanto que nuestra flota fondeara o navegara por aquellas aguas sin que los avistáramos. Además nos esperaba otra grata sorpresa, pues al explorar las rocas amontonadas que formaban la península descubrimos una serie de extrañas cavernas bajo el suelo, pequeñas pero secas, que serían nuestros aposentos desde ese momento. La mano del hombre las había formado, o al menos acondicionado, pues el suelo había sido alisado, y se habían excavado huecos en la entrada, de forma que el agua de lluvia no entrara al resto de la cueva.

El sol descendía despacio y envolvía de dorado la rocosa península que nuestro sabio llamaba *Madraides*. Al parecer había obtenido ese nombre de los viejos archivos rescatados de las ruinas, de los que averiguó igualmente el destino que corrió la antigua colonia. Tal y como nos explicó, fueron los orcos quienes barrieron cualquier rastro de presencia humana en estas costas, después de aniquilar el antiguo imperio

de los umis, los pequeños habitantes de las colinas.

Fuera como fuese, la península se había convertido en un agradable hogar para nosotros, y ya nos habíamos repuesto totalmente del ataque sufrido. Aún faltaba una semana para la Fiesta del Fresno y el comienzo del mes de Jaqoh, pero no hacía excesivo frío. Mientras nuestro anciano erudito se sumergía en las viejas historias y leyendas que había podido recuperar, Rodegar se encargaba de asegurar el suministro de carne y frutas, que obtenía en los bosques y sotos cercanos a la costa. Por mi parte, mis obligaciones consistían únicamente en traer agua potable una vez al día, y tratar de pescar algo. Disponía por tanto de bastante tiempo libre, a pesar de que también nos turnábamos vigilando el horizonte, esperando divisar alguna vela.

Me disponía ya a guardar los enseres de pesca y limpiar las capturas en un charco cercano cuando escuché unos pasos en las rocas a mi espalda. Caeneras venía con unos viejos pergaminos mohosos en sus manos y una gran sonrisa en su rostro.

- Es maravilloso. Algún héroe anónimo visitó hace siglos las tribus umi y nos dejó una crónica de algún relato que allí escuchó, o que quizá presenció directamente – esa era exactamente la definición de héroe para Caeneras: alguien que escribía mucho, – y se ha conservado durante estos siglos aquí, en las ruinas de Mel Angöre. No está fechado, y está escrito en antiguo tassiano – continuó diciendo, – pero por suerte pude aprender los rudimentos de esa lengua hace unos años en los archivos de Berlas y he podido traducirlo.
- Pero – pregunté ingenuamente – ¿por qué estudiaste un idioma que probablemente jamás hablarías en tu vida?
- ¡Porque pude, insolente muchacho! – replicó el viejo indignado – ¡porque es conocimiento! Es nuestra obligación saber en vez de ignorar – parecía bastante molesto por tener que explicar lo evidente.
- ¿Y qué cuenta? – inquirí curioso.
- Casi todo el manuscrito se ha perdido, pero he podido recuperar este fragmento, que describe algún tipo de rito del pueblo umi. Escucha, porque es fascinante.

Un viento helado e inconstante azota la meseta, trayendo aromas de ceniza y roble; ceniza que reposa en los rostros y manos de la tribu congregada, y roble que

es en realidad hojas de muérdago que cuelgan de las cuerdas que atan sus cabellos.

Cada embate del frío soplo agita esos cabellos, y dispersa las columnas de humo de los fuegos que han encendido, y alborota las plumas de la negra capa.

La capa.

La capa envuelve los hombros del anciano con un abrazo férreo y cuidadoso, como la araña macho envuelve a su letal compañera. Su brillo irisado concentra las miradas de los hombres y mujeres que aguardan; su llamada concentra las voluntades de los espíritus de la tierra, que confluyen en lo alto de la meseta a través de líneas invisibles de poder que cruzan los valles hasta las piedras sagradas que allí erigieron los ancestros.

La capa se agita y salta, como un cuervo entre cadáveres, a medida que el anciano realiza la antigua danza entre las piedras y los fuegos. Él no lleva ceniza en su rostro, no teme que los espíritus lo reconozcan y persigan, pues sabe dominarlos. Al menos mientras tenga la capa.

El anciano finaliza su cántico arcano y eleva los brazos hacia la Hoz que brilla poderosa en el oscuro cielo del mes de Ruballa. Luego se sube al altar, la gran piedra lisa que corona el centro del santuario, y descansa su espalda contra la fría superficie.

Entonces el poder se manifiesta. La capa se eleva en el aire como pájaro de la muerte, y descendiendo sobre el anciano arranca con sus garras y su pico el corazón palpitante del enflaquecido cuerpo. El anciano expira con un estertor. Y mientras la Dama de la Muerte recibe su presa, el ave asegura la fecundidad de la tribu y sus tierras una vez más, derramando la sangre del corazón del anciano sobre los hombres y mujeres, y sobre la meseta, para que la Señora de la Caza y las Cosechas no dé la espalda al pueblo.

Por fin el enorme pájaro se detiene sobre un niño de la tribu, y descendiendo se posa sobre sus hombros asumiendo de nuevo la forma de capa. Él será el nuevo anciano, y procurará el favor de dioses y espíritus para todos durante muchos años.

El resto de la tribu se separa del niño, que vivirá sólo a partir de ahora, y acercándose al altar abren el cuerpo del anciano con sus filos de sílex, cortan y comen un pequeño trozo, la porción de vida que manda el ritual.

El sol sale por fin, iluminando los macabros restos del anciano que reposan sobre las piedras sagradas esperando a los cuervos, mientras hombres y mujeres regresan al poblado.

Por un momento no hablé, mientras las visiones de aquellos extraños hombres y sus bárbaros ritos permanecían en mi mente. La voz de Caeneras, quien al parecer fue un afamado bardo en su juventud, había convertido el relato en vívidas imágenes, mostrándome la noche en el cerro y el sangriento sacrificio bajo las estrellas. ¡Qué remoto y primitivo parecía ese mundo en comparación con nuestra avanzada civilización! Y sin embargo, estas mismas colinas que ahora piso fueron testigo de aquellos hechos, e incluso alguno de los robles centenarios que aún jalonan el valle pudieron proveer de harina a esos oscuros habitantes de hace siglos.

Aquella noche antes de dormirme, a la luz de una trémula vela en las cavernas de Madraides, continué escribiendo mi diario, para relatar nuestra escala en el último puerdo y las aventuras en las que nos vimos envueltos allí.

Vigésimo sexto día del mes de Jaqoh de 6562

Hoy, con la pleamar y después de cargar los barcos con animales y provisiones, hemos partido de Lesta hacia levante. Si el buen tiempo aguanta llegaremos al puerto de Arkus en unas dos semanas, costeano el extremo norte de la tierra de los medianos.

Peroim, nuestro anfitrión entre los lestos, despidió en el muelle a Vilent y su joven sirviente Bodí, que se enrolaba con nosotros junto al resto de muchachos contios que habíamos traído de Vel Garus, y allí se quedó de pie, saludando con la mano junto a Perségira, que lloraba al ver partir a su hijo, mientras la Golondrina se alejaba del puerto.

Bajo las hábiles manos de Sibeler la nave viró para encarar la boca del fiordo, buscando el

Reino de Aldor

mar abierto, y las columnas de basalto que rodeaban la ciudadela ocultaron a los amigos que allí dejamos, a los que no veríamos nunca más.

Vej

- ¿Bien, ¿alguna novedad?
- Yo tengo mi propio amo – respondió el grandullón con gesto hostil –, y no tengo que darte explicaciones.
- Sí, tu amo, el ácaro. Un asqueroso elfo renegado, un *dwim'mor* – escupió Vej.
- Se dice *dwimer'lor*, estúpido. ¿dise lo a la cara cuando lo veas, oh sí, me encantaría verlo.
- ¿A mí me encantará ver como Fian'dur te despelleja vivo por traidor y espía, sí. ¿A vienen.

El gigantesco orco meditó unos instantes sobre esta amenaza y bajó la voz.

- Capturamos a unos humanos – admitió – husmeando por aquí. Pero los malditos arqueros elfos nos dispersaron. Creo que mataron a Grunt. ¿aún hay más.
- ¿Ah, sí? ¡Cuenta!
- Eso te costará el doble – advirtió Orff desafiante.
- Está bien, habla, tengo prisa – Vej extrajo una pequeña bolsa de cuero viejo, que tintineó al soltarla en la enorme mano de Orff.
- Una tropa de humanos, no menos de diez *khorlag*¹⁵, partieron hacia el norte no hace ni un mes.

Vej dio varias vueltas a la noticia en su cabeza antes de responder tajante.

- La Horda pronto partirá del Vado. ¿A viene, y esos humanos serán historia.

15 El *khorlag* es una medida uduki equivalente a cuatro manos o pelotones de cinco hombres cada uno.